

Oscar Terán: La fecundidad de la crítica

De quién son "nuestros" *estos* años sesenta; cuál es el "nosotros" que se dibuja sobre un escenario sin duda habitado por otros actores que legítimamente se resistirían a reconocerse en la imagen que el espejo de este texto les propone? En principio, el sujeto aquí construido remite a una historia de las ideas que circula en el interior del universo de los intelectuales, y por ende descarta otro tipo de objetos de análisis, como los que componen la trama de una historia de las mentalidades o de la cultura popular. Dentro de dicho universo se trazaron a su vez unas fronteras móviles que permitieron agrupar una fracción de intelectuales definidos en sus intereses por la fuerte direccionalidad de sus discursos hacia los aspectos sociales y políticos de la realidad argentina; en esa empresa escrituraria ellos constituyeron una serie de objetos teóricos recurrentes que concluyeron por diseñar un mapa temático que los identificó, y para tramitar el desarrollo de esos temas apelaron a un archivo de categorías cuyas adscripciones ideológicas aquí estudiadas contribuyen a precisar el perfil del actor cultural en cuestión. (...)

Este trabajo describe así una serie de núcleos ideológicos constituidos en el campo cultural argentino del periodo 1956-1966 que fueron portados por un conjunto de intelectuales a los que genéricamente denominó "contestatarios", "críticos" o "denuncialistas" y en torno a los cuales se asiste a la formación de una nueva izquierda intelectual en el ámbito nacional. Esta descripción permite visualizar primeramente la figura del intelectual "comprometido", que con ser dominante en esta etapa no debe ocultar la emergencia del modelo del inte-

lectual "orgánico". Ambos tipos no responden necesariamente a una secuencia temporal sino que pueden superponerse y entrelazarse, y por eso si el primero habla a sus pares y a la sociedad mientras el segundo intenta más bien dirigirse al pueblo o a la clase obrera para apoyarse sobre ellos y desempeñar su misión, entre ambas estructuras se producen líneas de pasaje y de préstamo que definen identidades más complejas respecto de aquellas otras adscribibles con mayor nitidez a alguno de los tipos ideales más puros. (...)

Por fin la periodización propuesta postula que las condiciones de la producción intelectual destinada a dar cuenta de la realidad nacional fueron altamente sensibles a los acontecimientos políticos, de modo que sin el marco de la fractura del orden constitucional de septiembre de 1955 resultaría mutilada la comprensión de la escritura que desde entonces se genera, y a la que las condiciones impuestas por el nuevo golpe de Estado de 1966 parecen ofrecerle un límite algo más que funcional, dado que si esta periodización cultural enfatiza el peso de los fenómenos políticos por sobre el de otras series de la realidad, no hace con ello más que traducir lo que fue una convicción creciente pero problemática del periodo: que la política se tornaba en la región dada de sentido de las diversas prácticas, incluida por cierto la teórica. (...)

Cuando el país arribó por fin a ese torbellino y una de aquellas infinitas oportunidades se realizó en los últimos días de junio del '66, el presidente Illia fue desalojado de la Casa Rosada por una compañía de gases, tomó un taxi en la calle y se hundió en la noche. Al producirse ese golpe demasiado

* Extracto del libro de Oscar Terán, *Nuestros años sesenta*, Ed. Punto Sur, Buenos Aires 1991.

anunciado con importantes apoyos dentro de la sociedad civil, la franja crítica de la cultura argentina fue uno de los blancos de sus iras tradicionalistas. En esa noche de la democracia argentina, aquella otra célebre "de los bastones largos" fue para diversos componentes de dicha franja la verificación cabal de que todos los caminos institucionales de la cultura se habían cerrado para siempre, y que con ello era la autoidentidad misma del intelectual la que debía modificarse, en un proceso en el cual la relación hasta entonces entablada desde la cultura hacia la política bascularía hasta amenazar con canibalizar desde la política *tout court* el ámbito específico del quehacer intelectual. ¿Estuvo este último desplazamiento inscripto inexorablemente en el corazón de los proyectos y de la escritura producidos por la nueva izquierda cultural argentina en el periodo 1956-1966 aquí descripto? Sin duda que existió un entramado discursivo que ofreció condiciones articulables con semejante drenaje desde las prácticas culturales hacia las políticas, y en las páginas precedentes han sido señalados algunos de sus núcleos fundamentales. Pero tampoco caben dudas de que estas condiciones fueron tan necesarias como *insuficientes*, y de que dicha suficiencia fue aportada por la ruptura del orden constitucional y por el tratamiento acordado desde el nuevo gobierno a la cuestión cultural, sintetizado en las tenaces convicciones del nuevo jefe del Estado cuando en aquel posterior reportaje sobre el Instituto Di Tella confesaba con sinceridad que hasta su ascenso a la presidencia "había mucho ruido en la universidad" y que "todo estaba centrado en una ciudad cosmopolita que daba el mal ejemplo" (...)

Esta interpretación que argumenta en pro de una ausencia de fatalidad que condujera inevitablemente desde la asunción y producción de un discurso crítico y aun re-

volucionario hacia el vaciamiento de legitimidad de la misma práctica intelectual y del campo que la estructura puede avalarse a partir de una relectura de dos publicaciones significativas de la nueva izquierda cultural. *Pasado y Presente* y *Cuestiones de Filosofía* serán por eso interrogadas ahora acerca de su autodefinición del estatus del intelectual y del modo como construyeron su relación entre política y cultura. La elección de estas dos publicaciones no pretende ser exclusivamente paradigmática; aspira por cierto a ser pertinente en el intento de tornar verosímil la existencia de proyectos de autonomía intelectual que fueron bloqueados por el tradicionalismo contenido en el golpe de Estado de 1966. Pero además dichas revistas comparten una serie de rasgos que las tornan aptas para este test ambas son representativas del medio cultural de la nueva izquierda; ambas aparecen en un periodo de cierre de la etapa estudiada; ambas habitan por consiguiente otras figuras de intelectual que se abren paso como relevo de la anterior centrada en la teoría sartreana del compromiso. Ofrecen asimismo el beneficio teórico de sus distintos orígenes y de diversas colocaciones dentro de la institucionalidad cultural. Porque si *Cuestiones de Filosofía*, como emprendimiento nacido de un grupo de estudiantes avanzados y/o docentes de la facultad de humanidades porteña, describe un movimiento que se origina en el campo intelectual y desde allí anuncia su intención de desplazar sus intervenciones hacia la política, en cambio *Pasado y Presente* es producida desde Córdoba por un conjunto de intelectuales que provienen de una práctica militante dentro del Partido Comunista, y respecto del cual alentaron una ilusión que en el editorial posterior a la expulsión se reconoce como efectivamente ilusoria: pretender modificarlo desde adentro. Se trata pues de un grupo cuyo movi-

miento abre un camino que conduce desde el campo político hacia el intelectual, y por eso mismo resulta significativo observar el modo en que autodefinió el estatus del intelectual y construyó su relación entre política y cultura en los nueve números en seis entregas de su primera época, aparecidos entre mediados de 1963 y septiembre de 1965.

El primer número está habitado abrumadoramente por textos de teoría marxista, y si se observa el sumario de las restantes entregas se verá que este predominio de los artículos de corte teórico no se mantiene en la misma proporción, puesto que los de tema político van ganando un espacio mayor, hasta llegar a balancear la representación de uno y otro sector. Sin duda que con ella la revista respondía a la circunstancia de que su aparición —como ha recordado Aricó— coincide con “un momento de quiebra de la homogeneidad ideológica del mundo comunista (conflicto chino-soviético, autonomización del pc italiano, etc.), de expansión del castrismo y de la estrategia guerrillera en América Latina”. Pero si nos detenemos en el plano de las formas y principios que articulan estas intervenciones resurge la certeza de que el gramscismo protege a la publicación del antiintelectualismo, y ya desde su primer artículo programático se observa el sistema de valores que ofician de fundamento al ubicarla como “expresión de un grupo de intelectuales marxistas”. Igualmente al construirse un linaje, la tradición en la que se reconoce está escandida por un listado de publicaciones pertenecientes más estrictamente al campo intelectual como *No-sotros*, la *Revista de Filosofía*, *Martín Fierro*, *Claridad* e incluso *Sur*, para concluir destacando en el pasado reciente a *Contorno*, que en su naufragio ha dejado abierta una tarea que la revista cordobesa asume como propia: “establecer un punto de pasaje en-

tre el proletariado y los intelectuales”.

Además este emergente cultural se auto-define como componente de una nueva generación a la cual une el deseo de observar por sí sola el rostro de una realidad que sus mayores le han escamoteado, y así la revista replica aquel ya señalado rasgo de la nueva izquierda de concebirse como una generación sin maestros locales que tiene por ello que construirse a sí misma a partir de referentes externos de consagración. Pero si debe lamentarse acerbadamente la desgracia de vivir en un país en el que “si se quiere eludir el provincianismo creciente de nuestra cultura es preciso suscribirse a las revistas extranjeras”, esta amargura se pacifica cuando *Pasado y Presente* puede reducir ese conflicto generacional a un momento de la lucha de clases, porque si la burguesía ha perdido su hegemonía cultural y el proletariado aún no la ha conquistado, es esa misma situación en la que gramscianamente lo viejo no termina de morir ni lo nuevo de nacer la que determina la imprescindibilidad del intelectual.

La amplia mirada que la revista construye sobre el plano internacional oficia al mismo tiempo como otra estrategia de legitimación cuando recurre a su autoinscripción en una ancha corriente histórica y social. Histórica porque el viento que sopla en el mundo es de revoluciones, con una tal inexorabilidad que alienta la sospecha embriagante de haber abolido el azar, ya que en ese gigantesco escenario impera una continuidad dialéctica penetrada por un *telos* que hasta puede proteger de los arbitrios de la historia; y social, impulsada por la creciente conquista por parte del proletariado de la conciencia de su misión. La revista se coloca de tal modo en el rumbo de un proceso en cuyas terminales se producirá la confluencia de intelectuales y clase obrera para alumbrar el socialismo, y el público ideal al que

se dirige está compuesto por esa sumatoria de la clase obrera y de "la intelectualidad que proviene fundamentalmente de las capas medias de la población".

A esta construcción no es ajena la circunstancia de haber visto la luz en la Córdoba convertida en importante centro industrial desde donde se puede mirar a la ciudad con las cuadrículas prestadas por Gramsci un territorio en el que la fábrica funciona como "territorio nacional del autogobierno obrero". Y no es que en el registro de la táctica política la publicación no haya estado atravesada por la tentación del modelo cubano, de lo cual quedan marcas en la escritura como la referida a la invención de un sector social ubicado en el interior rural que podría officiar como un motor de la revolución o la publicación del referido artículo de Régis Debray sobre el castrismo, aunque esta nota se halle a su vez precedida de una caución que es una toma de distancia respecto de las adhesiones más irrestrictas a aquella propuesta. Mas si la tarea intelectual que la revista plantea "se propone contribuir a modelar teóricamente[...] la economía del trabajo que los trabajadores edifican *prácticamente* en su cotidiano enfrentamiento a las fuerzas del capital", estos lineamientos convivían mal con las afirmaciones contenidas en el texto de Debray. Por ello, si estudiar la realidad nacional desde el punto de vista de la clase obrera implicaba hacerlo a partir del mundo industrial y más concretamente "desde la fábrica", los ideogramas gramscianos debían alcanzar una mayor expansión en los momentos en que la combatividad de la clase obrera cordobesa parecía verificar este diagnóstico. Es lo que se pone cabalmente de manifiesto en el número con que se cierra este periodo, publicado cuando las fábricas automotrices de esa ciudad se han convertido en el escenario de huelgas y ocupaciones a partir de

las cuales era posible hallar argumentos "materiales" para recordar que en un país como la Argentina la centralidad de la revolución podía seguir siendo pensada sobre una escena urbana.

Pasado y Presente se define de tal modo en la intersección de una circunstancia histórica, un dato generacional, una opción cultural y una apuesta política: se trata de una nueva generación adscripta al marxismo en una época de revoluciones y plenamente consciente de la necesidad de confluencia con la clase obrera. Es explícita pues la aspiración de "convertirse en los dirigentes de la sociedad y por ende de la clase que encarna el movimiento real de la negatividad histórica", pero también que esta misión nacida en el interior de una práctica intelectual requiere para su cumplimiento de una firme articulación con la clase trabajadora. Con todo ello se presentaba en este periodo otro modelo de relaciones entre intelectuales y política, ya que ahora con *Pasado y Presente* se asiste a la emergencia de la figura del intelectual orgánico, que reconoce el valor insustituible de la cultura erudita pero que sólo considera consumada la legitimidad de la misma si en alguna instancia "produce" política al fusionarse con los núcleos transformadores de la cultura y la práctica obreras. El consejo de redacción de la revista muestra sin duda que la mayoría de sus integrantes se hallan ubicados en alguna instancia de la "carrera del talento", mas el contenido de sus intervenciones revela asimismo que es en su encuentro con la política donde ese curso debe "realizarse", al conducir esa aptitud intelectual preexistente hacia otra escena donde su contacto con el sujeto social revolucionario la invista de efectividad. Pero en el preciso instante en que se argumenta que *Pasado y Presente* "será por ello una revista política", se agrega inmediatamente que lo será "en el

más amplio y elevado sentido de la palabra", con lo cual no es desatinado suponer que esta amplitud con que se dota a la política es un modo de expandirla hasta soldarla con la cultura. No se desmiente por ende con aquella afirmación el subtítulo de la publicación (revista "de ideología y cultura"), dado que en verdad ideología y cultura confieren inteligibilidad a la política y ésta las retroalimenta de sentido.

Al construir esta compleja definición del lugar del intelectual, *Pasado y Presente* instalaba por eso mismo un plexo de fuerzas entre práctica política y teórica que sería definido con énfasis diversos a lo largo de sus centenares de páginas. Que esta tensión es fundacional lo revela esta misma estratégica presentación programática firmada por José Aricó que parece oscilar entre la afirmación de una mayor autonomía de la teoría y una concepción donde la filosofía, la psicología y las demás disciplinas sociales deben servir como herramientas de la transformación. No obstante, en rigor sucede que actividad intelectual y política son momentos insoslayables de un mismo movimiento donde ninguna de ellas puede ser devorada ni sustituida por la otra. Es así como, "convertido en intelectual, [el hombre] logra posesionarse de la totalidad histórica, se transforma en un dirigente, vale decir, en un especialista más un organizador de voluntades, un político en el más moderno sentido de la palabra". De ese modo, rápidamente la cultura intelectual recobraba los prestigios que Hobsbawm reclamaba en un artículo allí reproducido en el que mostraba hasta dónde "la falta de una coherente ideología, estrategia y organización" habían sido elementos decisivos para que las clases subalternas no pudieran derribar regímenes de otro modo condenados a serlo, con lo cual sin abandonar ni el rol ni el campo intelectual "el análisis histórico y sociológico de las clases su-

balternas deja de ser académico y se convierte en un hecho de inmediato y actualísimo interés político".

Ocurre por cierto que si este tipo de publicaciones colectivas son aptas para contener posiciones heterogéneas, y si esta heterogeneidad también se halla presente en la que consideramos, puede suponerse que ella es asimismo el síntoma de esa colocación compleja entre los espacios del saber y de la política, aunque lo más relevante resulte de todos modos que en el conjunto de su producción esta tensión se mantenga como tal sin resolverse en ninguno de los polos, y que incluso existan intervenciones en las que se sostiene una legitimidad estrictamente intelectual, al margen de la ideología y de la política y por ende sólo sustentada en la erudición. Esta pretensión será precisamente la que Rodolfo Ghioldi les enrostrará en lo que identifica como una imitación del aprismo en su intento por oficiar de "bastonero inteligente (élite) de la ignara clase obrera" y así buscar una unidad de las capas intelectuales independientemente de la pertenencia política que los erigiese en lo que con desdén denomina "jerarcas del saber"...

Para reafirmar esa legitimidad, *Pasado y Presente* se valdrá de un tipo de lectura del marxismo, del modo como ubica a esta doctrina dentro de la constelación teórica contemporánea y del papel que le adjudica al utilaje intelectual. En el primer aspecto, el tono general de sus argumentaciones no oculta que ella conoce lo que el PC ignora, y de esta manera sus integrantes se posicionan como militantes que han conjuntado en sí mismos la voluntad transformadora y el saber. En este último sentido, son los portadores de un *aggiornamento* que los diseña como protagonistas de una "reforma" estricta dentro de su ámbito doctrinario, puesto que acceden a los textos originales sin acep-

tar las versiones talmúdicas de la Academia de Ciencias de la URSS, y devienen así los representantes de la modernidad dentro del marxismo. Desde el primer número la revista incluye un texto teórico de Marx ("El método de la economía política") y una nutrida sección de "Polémica" a propósito del carácter del historicismo marxista donde de hecho se reconoce que sus faros intelectuales brillan desde el marxismo italiano con figuras como Colletti, Badaloni, Paci, Della Volpe o Alesandro Nata. Es evidente que detectan en ellos un fundamento para la relectura del marxismo, pero también que al adoptar su versión más laica se construyen como intelectuales que pueden dialogar sin temores con todas las corrientes avanzadas de la época. Ese marxismo, que es moderno porque es crítico, es lo que Oscar del Barco inscribe dentro de una familia intelectual en la que se encuentran Sartre y algunos marxistas italianos como Luporini y que define expresamente "el espíritu mismo de la revista". Si esta tarea lucía más estimulante que amenazada por los riesgos de traspasar los límites doctrinarios e incurrir en las "desviaciones" que los más viejos les endilgaban, ello reposa en la inusitada confianza que la publicación trasunta respecto de la cuasi infinita capacidad del marxismo para dialogar y aun devorar cuanto de nuevo y estimulante apareciera bajo el sol de la teoría. (...)

Mas si la figura de la tragedia no estructura cabalmente el relato de este texto, es innegable que por momentos lo habita creo que válidamente. Ya que esos años conocieron toda la fascinante ambigüedad de las pasiones ideológicas, y sobre ese plexo de pulsiones y discursos el golpe de 1966 pudo operar como una suerte de realizador de ciertas profecías que algunos de aquellos mismos discursos habían enunciado, sobre todo el que se empeñaba en sostener que la viabilidad de un proyecto intelectual no tenía cabida dentro de los marcos de una sociedad como la argentina. Es

comprensible pues que se haya constituido un dispositivo que una vez en marcha resultaba difícil de desactivar, pero no es preciso aclarar que entre la dificultad y la inexorabilidad media todo ese complejo espacio dentro del cual los sujetos político-culturales pueden dirimir sin catástrofes sus conflictos. De allí que sin esa intervención no sólo anticonstitucional sino además connotada por características tradicionalistas que se trasladaron al tratamiento acordado a la institucionalidad y a toda la cuestión intelectual, es perfectamente imaginable otro desarrollo donde los intelectuales podrían haber proseguido con sus intervenciones en la política sin abandonar el campo intelectual y sin que este último hubiera resultado finalmente tan expuesto a esa saturación por la política que condujo en tantos casos o bien a abandonar el espacio intelectual, o bien a proseguir en éste pero fuera de toda institucionalidad amenazada. (...)

Y sin embargo, en el momento mismo de cerrar este texto me sigue sorprendiendo que aquellos "nuestros años sesenta" —cuestionada su teórica y vapuleadas sus utopías— puedan seguir convocándome no sólo para revelar la infinita distancia que cabe en la delgada lámina histórica de unos pocos años. También para indicarme que una parte de nuestro mejor legado intelectual sigue aún viviendo de las intervenciones teóricas de aquel tiempo, y para recordarnos que sus puntos ciegos ante una serie de actitudes estrechamente ligadas con la tolerancia y la democracia no deberían ocultar que les debemos la promoción de algunos valores que deben seguir figurando entre las aspiraciones de una sociedad digna de ser vivida: la fecundidad de la crítica hacia el poder, la apuesta por un mundo más justo, la solidaridad entre los seres humanos. Y porque, en definitiva, quien en aquellos años conoció la esperanza ya no la olvida: la sigue buscando bajo todos los cielos, entre todos los hombres, entre todas las mujeres... ■